

Pascua B715, domingo de Ascensión—mayo 17, 2015

Salmos 47

Hechos 1:1-11

Efesios 1:17-22

Lucas 24:44-53

Dejado... ¡para siempre!

Para los bautistas, aún los bautistas progresivos, el Día de la Ascensión no es el día más importante en el calendario. Pero para otros—los luteranos, por ejemplo—es un día grande. Un ex profesor mío, un luterano, contaba de que durante sus días como estudiante el seminario entero se reunía en el Día de la Ascensión para un servicio grande para conmemorar la ascensión de Cristo al cielo.

El servicio terminaba cuando todos salían de la capilla pasando por nubes de incienso, cantando un himno especial de ascensión. Desconocido a los adoradores, un estudiante había tomado una de esas figuras de tamaño natural del pesebre—de tipo plástico y hueco—y le había insertado un propulsor. Mientras algunos marchaban en el patio, el estudiante prendió la mecha, haciendo la figura volar, dejando un camino de humo agrio y causando un caos entre los adoradores que corrían por todos lados—hasta que, por fin, descendió al techo de un dormitorio.

El decano del seminario no estaba impresionado con la defensa del estudiante que el cohete de ascensión era simplemente su forma de “dramatizar la realidad de la ascensión.”

La mayoría de las personas, si son honestas, ven la ascensión de esta manera—un poco más de un relato humorístico de la levitación de Jesús hasta llegar a las nubes. Es difícil no recordar a Glinda, la bruja buena en el Mago de Oz, subiendo al aire en su burbuja con todos los chaparritos saludando y gritando, “Adiós, Adiós” en sus voces chillonas.

Es decir, en realidad debemos creer que Jesús cancela la gravedad y sube al cielo, ¿probablemente en algún lugar más allá de las nubes? El astrónomo, Carl Sagan, una vez dijo que si en realidad Jesús había dejado la tierra, ascendiendo a lo alto, aún yendo a la velocidad de la luz, estaría 2000 años después, todavía en nuestra pequeña galaxia, la Vía Láctea.

Por lo tanto, algunos han sugerido que botemos lo de la ascensión. No cuadra con nuestra perspectiva científica, no es mencionada mucho en la Escritura, y su observación, cuarenta días después de la Pascua, significa que siempre cae en un jueves. ¿Qué cosas importantes suceden los jueves?

Pues, aquí está el relato—tal y como lo cuenta Lucas en los Hechos. Cuando el tiempo de Jesús se termine en esta tierra, lleva sus discípulos al Monte de Olivo, les habla una última vez, y luego desaparece (como lo dice Barbara Brown Taylor) “desvaneciéndose en la niebla como el fin de un sueño demasiado bueno para ser verdadero.” Y ahí, quedan sus amigos—solos.

Y, por lo menos en eso, el vacío de su ida, el relato no es cierto, ¿o sí? La mayoría de nosotros sabemos de pérdidas y del dolor que trae: tomar dos copas del cajón en la mañana, sólo para recordar que ahora nada más se necesita una; pararse en la entrada de un cuarto, ahora vacío; manejar por el lote descuidado donde la casa vieja estaba, la casa donde la gente reía y pensaba que su felicidad permanecería para siempre. Y, el texto dice, que se pararon ahí, con corazones vacíos, mirando fijamente un cielo vacío. Pensé en este texto mientras miraba un documental en la evacuación de Saigón—de esos últimos vietnamitas intentando huir, parados en el techo de la Embajada Estadounidense, buscando hacia arriba un helicóptero, prometido pero nunca visto.

Los discípulos son mucho como nosotros, ¿cierto? Sabemos que es ser traumatizado, paralizado por la pérdida—sin poder ver como es que la vida puede continuar...continuar después del engaño, del divorcio, del fracaso, de la decepción, de la muerte.

Pero, después, dejamos de ver el espacio vacío, y, en vez, comenzamos a ver alrededor—hasta que, un día nos encontramos sacando esa segunda copa del cajón porque, otra vez, necesitamos dos.

Para los amigos de Jesús, cuando se va—es llevado—se quedan parados ahí, congelados en el dolor, mirando fijamente el lugar donde le vieron por última vez. Pero, después, finalmente, dejan de mirar hacia arriba—y, en vez, se mira el uno al otro, y dejan que la vida continúe.

Y en cuanto lo hacen—pues, cosas sorprendentes comienzan a pasar. Comienzan a decir cosas que suenan como Él. Comienzan a hacer cosas que no habían visto a nadie más hacer salvo Él. Se vuelven valientes y capaces y sabios. Cuando dos o tres de ellos se reúnen es como si alguien más está en el cuarto—uno disponible como el pan y el vino, tan familiar como el rostro de cada uno de ellos.

Es como si Jesús no ha ascendido, sino estallado, para que todo lo que era voló a todos lados.

Y, después saben que no se ha ido. No desvanecido sino subido, es como lo dijeron—llevado de aquí para que pudiese estar en todos lados; liberado de un tiempo para poder estar en todos los tiempos; de un pueblo a todos los pueblos; de una cultura para todas las culturas; de una vida como individuo a una vida dentro de cada corazón confiado.

Jesús ha subido para que pueda ser Cristo en el niño hambriento; Cristo en la niña explotada; en el hombre o en la mujer sin trabajo; en el soldado que se está muriendo; en la esposa sola; en el prisionero desesperado; en la juventud batallando con su sexualidad; Cristo en la oficina; Cristo en el hogar; en la aula; en el cuarto del hospital; Cristo en el cementerio; Cristo en las calles; en el campamento de refugiados; en la mesa de alegría y risa; Cristo donde dos o tres están reunidos en Su nombre; Cristo de este mundo redondo; Cristo del cielo arqueado; Cristo de la estrella más lejana.

Ahora, nada de esto sería así se hubiéramos hecho lo que queríamos, se le hubiéramos dejado con nosotros. Las cosas tenían que cambiar—y con ese cambio, todo cambió. Cristo ha subido para estar presente, tomar control, gobernar, poner todas las cosas bajo Sus pies. Como Pablo dice, en su carta a los Efesios: *“Resucitándole de los muertos y sentándolo a Su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia.”* (Ef.1:20-22)

Si eso no le da escalofríos, no sé que lo hará. La ascensión no es de alejarse. Es de ser levantado.

Así que la siguiente vez que piense que Jesús ha volado lejos y que hemos sido abandonados, dejados sólo con los que lastiman y destruyen y no hay nada que hacer mas que agarrar una pistola y echar llave a las puertas y esperar darles antes de que ellos nos den—piense otra vez. Cristo no se ha ido—y no estamos solos.

Si, es tiempo de dejar de contemplar los cielos, y es tiempo de comenzar a mirar a nuestro alrededor, ahora, buscando evidencia de Su presencia y gobierno—porque no importa lo que digan los periódicos, o el terror que personas malas planean, o las cosas malas que han salido mal en su vida o en la mía—Jesucristo ha subido, y Él, sólo Él, es Señor.

Todavía sucede. Digo, aún hoy, hay gente como esos primeros creyentes , que miran al su alrededor y actúan como si Jesús está aquí con nosotros, y que sin importar que poder y gobiernos y culturas digan, Él es Señor.

No hace mucho un hombre ordinario se convirtió en arzobispo en El Salvador. Era, en todos los sentidos, callado y estudioso—exactamente lo que los intereses poderosos de El Salvador y el gobierno represivo quería—un hombre de la iglesia callado que podrían controlar.

Pero poco después de que Oscar Romero se convirtió en arzobispo, el gobierno salvadoreño comenzó una campaña en contra la Iglesia Católica porque sus sacerdotes se atrevían a apoyar a los pobres, apoderar a los impotentes. Los que estaban en control estaban alarmados de que los campesinos deseducados leyeran las Escrituras, tomando en serio su llamado a la liberación y justicia.

Pronto, la gente comenzó a desaparecerse. Las monjas católicas eran violadas; sacerdotes eran torturados. Escuadrones de muerte mataron más de 80,000.

Pero, en vez de retirarse calladito a su biblioteca, el arzobispo decidió apoyar a sus sacerdotes y su pueblo. Romero se opuso, públicamente, forzadamente, a la matanza de aquellos que sólo pedían justicia. Un tema al cual regresaba una y otra vez era de que Cristo es Señor, sólo Cristo se sienta exaltado en el trono—no el estado, el dinero, el privilegio, el poder.

En marzo de 1980 apeló en la radio al ejercito salvadoreño: “*Estás matando tus propios hermanos y hermanas. Cualquier mandato humano a matar debe estar subordinado a la ley de Dios, la cual dice ‘No mataras.’ Ningún soldado es obligado a obedecer un mandato contrario a la ley de Dios...en el nombre de Dios, y en nombre de este pueblo sufridor cuyos lamentos llegan al cielo...te suplico...te ordeno, en el nombre de Dios: ¡termina la represión!*” Al día siguiente, mientras Romero alzaba la hostia en la comunión, ¡la bala de un asesino le atravesó el corazón!

Poco antes de su muerte, Romero dijo, “*He sido amenazado con la muerte. Pero, debe decirte, como Cristiano no creo en la muerte sin la resurrección. Si soy matado, me levantaré en el pueblo salvadoreño...que mi sangre sea la semilla de la libertad...que mi muerte...sea para la liberación de mi pueblo...y si tienen éxito en mi muerte, perdonaré y bendeciré a los que lo hayan realizado. Serán convencidos que han mal gastado su tiempo. Un obispo morirá, pero la iglesia de Dios, la cual es el pueblo, nunca perecerá.*”

Eso es algo similar a lo que pienso que significa la Ascensión—que Jesús ha resucitado, no solamente del sepulcro, pero también ha resucitado, exaltado, en los corazones de todos los que le llaman Señor. Si, cuando los poderes de este mundo mataron a Jesús, ¡mal gastaron su tiempo! Sellaron su derrota—puesto que Él ha subido, estallado en todos lados en las vidas de Su pueblo—en gracia, en recepción, en valentía y resuelvo, en justicia, en hechos audaces de compasión y misericordia.

Si, Él ha subido, pero nos ha dejado aquí para hacer su trabajo, para hablar de su gracia y compartirla. Sta. Teresa de Avila lo dice mejor:

Cristo no tiene cuerpo mas que el tuyo,
 No tiene manos, ni pies en la tierra mas que los tuyos,
 Tuyos son los ojos con los que mira al mundo con compasión,
 Tuyos son los pies con los que camina para hacer bien,
 Tuyas son las manos con las que bendice al mundo.
 Tuyas son las manos, los pies, los ojos.
 Cristo ya no tiene cuerpo mas que el tuyo.

Porque Cristo ha subido, tenemos algo que decir a los que nos acompañan en esta vida. Tenemos algo que decir a la madre que llora por sus hijos. ¡Tenemos algo que decir al vecino con enfermedad terminal, al desempleado, al sufridor, al solitario, al culpable, al temeroso, al abandonado, al marginado! Y a los poderosos, a los abusadores, a los violentos, los destructores, los ávidos tenemos algo que decir.

Decimos, “¡Cristo ha subido!” Y sentado a la diestra de Dios, es Señor—y, no sólo para la iglesia, no sólo en mi corazón, pero para todo el mundo. Como cantamos en el espiritual viejo—“te tiene a ti y a mi hermano, te tiene a ti y a mi hermana, ¡tiene a todo el mundo en sus manos!”

¡Gracias a Dios! ¡Amen!